

## LA FORMACIÓN CRISTIANA EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR JESUITA HOY

Fernando Montes S.J.<sup>1</sup>

Junio, 2022

Como se ha dicho, una universidad jesuita es, como sustantivo, “universidad” y como adjetivo, “jesuita”. Es decir, debe ser ante todo una institución académica de calidad en su investigación, su docencia y su servicio a la sociedad. A la vez, ha de tener una inspiración cristiana acorde con la visión ignaciana de servicio a la fe y promoción de la justicia, que permita un dialogo entre el mensaje de Jesús y la cultura de hoy.

Uno de los dramas de las universidades actuales es que, movidas por los criterios modernos de calidad y para obtener alta acreditación, se van centrando más y más en la investigación, dejando en segundo plano la formación integral de los estudiantes. El profesor, con el fin de publicar artículos en revistas indexadas, tiende a ir centrándose en su propia carrera, especializándose en un punto cada vez más pequeño, achicando sus horizontes. Esas revistas se citan entre ellas creando un círculo cerrado. Dramático es el libro de Harry R. Lewis, “La excelencia sin alma”<sup>2</sup>, que muestra cómo la Universidad de Harvard, tal vez la mejor de USA, ha ido perdiendo su alma educativa. Por esto es muy razonable responder al desafío que señala el título de este artículo.

Los primeros jesuitas estudiaron en la Universidad de Paris y el método de esta universidad (el modo parisiense) inspiró la fecunda labor educativa de la Compañía de Jesús.

En su proceso de conversión, Ignacio de Loyola descubrió que debía servir a Dios buscando el bien del prójimo. Posteriormente comprendió que la educación permitiría un servicio más universal y profundo. Más aún, que las letras ayudaban a evangelizar. El vio que debía prepararse para ser un maestro, un buen instrumento en las manos de Dios. A pesar de su edad, comenzó largos estudios que terminó en Paris junto a un grupo de compañeros.

Los primeros jesuitas vivieron, como nosotros, un cambio de época que significó el fin de la edad media y un profundo quiebre cultural. En su tiempo se impuso el renacimiento

---

<sup>1</sup> El padre Montes ha sido formador de jesuitas, rector de colegio, rector de la Universidad Alberto Hurtado desde su fundación por 16 años, colaborador y director de la Revista Mensaje y Provincial de la Compañía de Jesús en Chile, entre otras funciones. Artículo escrito a petición del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana para su publicación en el Boletín de Selecciones, de Junio-Julio 2022.

<sup>2</sup> Lewis, Harry R. (2006). *Excellence Without a Soul: How a Great University Forgot Education*, New York: PublicAffairs.

con una nueva visión del mundo. La invención de la imprenta, los grandes descubrimientos geográficos y astronómicos, el reencuentro con la cultura clásica etc., debilitaron las certezas recibidas. Ese cambio provocó, entre otras cosas, el quiebre de la Iglesia. Sin embargo, ellos no quedaron vueltos hacia atrás, ni atemorizados, sino que, con discernimiento, vivieron intensamente su tiempo y son un ejemplo para nosotros que experimentamos también momentos de crisis y cambios.

Ellos, que vivían en tiempos del renacimiento, fueron capaces de discernir en la cultura clásica, en Cicerón, Virgilio, Horacio y los griegos, valores que podían ayudarles a anunciar el evangelio. La capacidad de encarnarse en la cultura, de “inculturarse”, fue algo propio de la evangelización jesuita. Eso permitió que otros padres como Mateo Ricci y Roberto de Nobili se inculturaran en China y la India para anunciar a Jesús. Ser hicieron asiáticos con los asiáticos para anunciar el evangelio de Jesús a los asiáticos.

El humanismo del renacimiento luego de un largo proceso, se acabó. René Descartes, matemático y filósofo, marcó su época y el futuro. Su famosa frase “pienso luego existo”, fue un hito divisorio. Sin embargo, él olvidó que también debería haber dicho “amo y soy amado, luego existo”. Paulatinamente el pensar se hizo más y más racional hasta convertirse en racionalista y positivista. La búsqueda de la verdad es algo mucho más complejo que un raciocinio. Hay realidades muy importantes que se conocen por confianza y no por pruebas matemáticas o físicas. Razonablemente la vida verdaderamente humana se basa en la confianza. Pascal nos recordó que “hay razones que la razón no comprende”. Es razonable aceptar una declaración de amistad o amor y eso se hace por un acto de confianza. También es razonable subirse a un bus y no pedir el carnet de manejar a quien lo conduce. Necesitamos vivir confiando en otros.

En la modernidad las ciencias exactas opacaron las ciencias humanas y a menudo sus cultores abandonaron la fe que supone un acto razonable de confianza. La búsqueda de la verdad, del afecto, del bien y de la belleza caminaron por senderos diferentes. La ciencia, la estética, la ética fueron mundos separados. Sin embargo, todas esas dimensiones deben integrarse y apoyarse para generar una existencia verdaderamente humana.

Los descubrimientos científicos y tecnológicos se aceleraron en el siglo XX<sup>3</sup>.

El siglo XIX nos legó el motor, el telégrafo y al final la radio. Después de eso, la teoría de la relatividad, la física cuántica y muchos otros descubrimientos nos permitieron conocer la composición de la materia y la energía atómica. La aviación nos acercó físicamente, y luego, la televisión, el internet, los medios de comunicación electrónicos crearon redes que nos interconectaron. Hoy recibimos todas las noticias del mundo en forma simultánea a su ocurrencia. El celular introdujo el mundo y todos los saberes en nuestro bolsillo. Freud nos

---

<sup>3</sup> Watson Peter, (2002). *Historia Intelectual del siglo XX*, Barcelona, España: Editorial Crítica.

hizo descubrir con el psicoanálisis nuestro interior desconocido. Esos descubrimientos e inventos cambiaron nuestro modo de pensar, de relacionarnos entre nosotros y con el cosmos; cambiaron la estética, la arquitectura, la filosofía etc. Cambiaron la sociedad. Las clases sociales no se definieron por la relación entre capital y trabajo sino por el cúmulo de conocimientos que un ciudadano tiene. Se aumentó nuestro poder y pasamos, como dice Yuval Harari, de ser animales a ser dioses<sup>4</sup>. Surgió la cultura de la información y la comunicación.

El admirable desarrollo de la ciencia y la tecnología nos permite hoy solucionar muchos problemas de la humanidad. Sin embargo, si ese enorme progreso y poder no lo manejamos adecuadamente podríamos generar terribles males hasta llegar a la destrucción de la tierra y a nuestra propia aniquilación.

Junto al progreso, existe hoy mucha soledad<sup>5</sup>. La vida masificada y la competencia ha generado un profundo individualismo. Tal vez lo más delicado es que el ser humano ha perdido el sentido de su vida y la dignidad humana su fundamentación. En el ámbito religioso se ha extendido la secularización. Se ha perdido la confianza en los otros y en las instituciones.

Todo esto nos obliga a repensar nuestra cultura para que ella no pierda lo valioso que recibimos del pasado y, con lucidez crítica, podamos aprovechar todas las oportunidades que se nos ofrecen hoy para construir un mundo mejor. Del mismo modo, se nos hace necesario actualizar la comprensión y expresión de nuestra fe. En esto la universidad tiene un rol clave.

Al analizar la cultura actual, es fundamental estar atentos a la antropología subyacente. Hemos de preguntarnos cuál es la idea del ser humano que ella fomenta, qué humanismo cultiva. La antropología griega que heredamos y que estuvo muy presente en la formulación primera del cristianismo, se centraba fundamentalmente en la naturaleza. Se pensaba que el actuar humano era consecuencia de la naturaleza que lo orientaba. La ley natural era central en la ética. La teoría de la evolución y el poder que tenemos para cambiar la naturaleza nos obliga a enriquecer dicha visión. Hoy somos conscientes que a diferencia del animal cuyos instintos naturales orientan toda su vida, los humanos no somos sólo naturaleza, debemos ser complementados con una “cultura” que oriente nuestras relaciones y el conjunto de la vida. La cultura es un regalo que nos hace la sociedad y que en buena parte se transmite por los procesos educativos de la familia, la escuela y la vida

---

<sup>4</sup> Harari, Yuval Noah, *Sapiens: De Animales a Dioses. Una breve historia de la humanidad*, España: Editorial Debate, 2015; *21 lecciones para el mundo XXI*, España: Editorial Debate, 2018; y *Homo Deus: Breve historia del mañana*, España: Editorial Debate, 2016.

<sup>5</sup> Este año 2022, Japón, uno de los países más desarrollados, creó un Ministerio de la Soledad por la situación que viven los acianos y los jóvenes.

social. El lenguaje, las costumbres, el modo de vestirnos, las instituciones, las modas etc. son construcciones humanas. Ellas suelen convertirse con el tiempo en una especie de segunda naturaleza. Nos parecen algo natural olvidando que nosotros las creamos. Nos parece natural estar vestidos, estar peinados e infinidad de otros aspectos de nuestro vivir<sup>6</sup>. Sin embargo, en un cambio de época todo eso recibido es cuestionado y relativizado. Sobre todo, se suelen debilitar las fundamentaciones y la razonabilidad de los valores y por eso estos entran en crisis. La verdad se hace relativa. La educación se hace más compleja. Por eso es tan importante pensar la cultura y hacernos conscientes del papel que ella juega en nuestra vida.

La cultura actual nos llena de medios y nos arrebatamos los fines oscureciendo el sentido de la existencia. La hipertrofia de las relaciones de mercado suele generar profundo individualismo que produce mucha soledad y competitividad, destruyendo las confianzas en la vida social.

Estamos transmitiendo una cultura cada vez más globalizada que hace peligrar identidades, y muy centrada en lo económico. Frecuentemente se conciben las relaciones humanas como relaciones de mercado, donde cada uno busca sus intereses, con una exagerada necesidad de éxito personal. Más aun hemos confundido la noción de valor con la noción de precio. Preguntamos cuánto vale una cosa cuando queremos conocer su precio. Pero olvidamos que lo más valioso no tiene precio. Nadie puede comprar la sonrisa de un niño o pagar el amor o la amistad. Eso sería prostituirlos. Una cultura que no da lugar a la gratuidad destruye la posibilidad del amor. Es bueno recordar que la gratuidad está en el corazón mismo del cristianismo.

La cultura actual nos hace vivir el momento presente aceleradamente, separándonos de nuestras raíces y de nuestra historia... y lo que es más grave, no nos da tiempo para esperar un futuro definitivo. Todo se hace volátil y pasajero. La intimidad se hace espectáculo<sup>7</sup>.

Los últimos geniales libros de Ernesto Sábato nos ponen en guardia ante muchos elementos de la cultura de nuestro tiempo que pueden convertirse en un cruel engranaje que nos triture<sup>8</sup>.

Al contemplar las maravillosas ruinas de Machupichu, Neruda escribió: "Aire en el aire ¿Y el hombre ¿dónde estuvo? Piedra en la piedra ¿Y el hombre donde estuvo? Déjame

---

<sup>6</sup> Berger, Peter y Luckman, Thomas (1966). *The social construction of reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Penguin Books.

<sup>7</sup> Sibilia, María Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

<sup>8</sup> Sábato, Ernesto. *Hombres y engranajes*, España: Editorial Seix Barral, 1951; *La resistencia*, Buenos Aires: Editorial Planeta / Seix Barral, 2000; y *Antes del Fin*, España: Seix Barral, 1999.

arquitectura...rascar la entraña hasta tocar al hombre....devuélveme el esclavo que enterraste”<sup>9</sup>. Esperamos que en cuatrocientos años más un poeta, si es que le hemos legado lugar para existir, no diga lo mismo de nosotros viendo las ruinas que dejamos.

En este contexto, es fundamental repensar a fondo el humanismo para vivir como seres humanos y no como marionetas movidas por hilos invisibles. Hace muchos siglos el salmista le preguntaba a Dios “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que te ocupes de él?”<sup>10</sup>. Hoy esa pregunta es muy válida y es bueno que nos la hagamos a nosotros mismos: ¿qué es el ser humano para nosotros?

Claramente somos caminantes que en un momento del tiempo recibimos la vida y comenzamos la marcha. Ciertamente no somos eternos en el origen. ¿De dónde venimos y a dónde vamos? Para que ese caminar tenga un sentido necesita un horizonte. El sociólogo Anthony Giddens en su libro “Un mundo desbocado”, nos dice que “ninguno de nosotros tendría algo por qué vivir ni no tuviéramos algo por lo que merece la pena morir”<sup>11</sup>. Nuestra cultura nos da muchos medios e insiste en ellos, pero se despreocupa de los fines y eso nos hace andar desorientados. El humanismo debería ayudar a usar ordenadamente esos medios para que nuestra vida no sea un giro sin tornillo.

Hoy tenemos el enorme desafío de redefinir el humanismo. El mensaje de Jesús, bien entendido, puede ser inmensamente iluminador. El humanismo debería ayudar a comprender a fondo el concepto de persona que es un concepto que los cristianos trabajaron durante siglos para comprender a Jesús y su relación con el Padre y el Espíritu. El Padre era Padre por su relación con el Hijo, y ese amor era tan grande que los unía hasta ser uno. Hoy hemos confundido el concepto de persona con el concepto de individuo. Esas palabras no significan lo mismo. El individuo es un ser indiviso en sí mismo, pero separado de los otros. Por el contrario, la persona es esencialmente un ser en relación.

Hay cuatro grandes relaciones del ser humano que deben definirse muy bien para llegar a ser feliz. La relación con los otros, la relación consigo mismo, con Dios y con la naturaleza. Una vida humana feliz supone trabajar bien esas cuatro grandes relaciones de la persona que hoy están dañadas. Hay personas que no se aceptan a sí mismas, no aceptan su historia ni su físico; otras que se apartan de los otros, se sienten atacadas o los atacan; hay quienes abusan de la naturaleza, y los que niegan a Dios o tienen con Él una relación de temor. El ser relacionales nos hace intrínsecamente sociales y abiertos. Ciertamente somos

---

<sup>9</sup> Neruda, Pablo (1950), “Alturas de Machupichu”, en *Canto General*, México: Talleres Gráficos de la Nación.

<sup>10</sup> “Salmo 8”, en *Libro de los Salmos, Antiguo Testamento*.

<sup>11</sup> Giddens, Anthony “Un Mundo Desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas.” Madrid, Taurus, 2000.

sujetos de derechos, pero también de importantes responsabilidades como miembros de la sociedad. Esto supone encarar el problema del bien común, de no buscar sólo los propios intereses y beneficios.

Pero la cultura humanista no solo debe perfeccionar nuestras relaciones. Tiene que apoyarnos para superar las debilidades. Una cultura humanista debe enseñarnos a procesar nuestros dolores, sufrimientos, fracasos y, también, la certeza de la muerte. El dolor está presente en todas las sociedades y en todas las personas y no puede ser un escollo que paralice nuestro caminar. Más aun, el procesar nuestro propio dolor y el preocuparnos del dolor ajeno ensancha nuestro corazón y nos hace más persona.

Verdad, afecto, belleza y bondad deben ser integrados armónicamente en una cultura humanista que ha de ser por eso integral y permitir el desarrollo armónico de todas nuestras potencialidades. Esa cultura debe además abrir nuestro corazón y hacernos en verdad pluralistas. capaces de encontrar la parte de verdad que todos tienen. Eso es más que la tolerancia y contrario al relativismo.

En este contexto debe situarse la educación superior. San Alberto Hurtado nos dice que “la universidad es el cerebro de un país, el centro donde se investiga, se planea, se discute cuanto dice relación al bien común de la nación y de la humanidad.” Ella supone una comunidad de maestros, investigadores, funcionarios y estudiantes con una misión y un ideal compartidos.

El aporte más profundo de una universidad jesuita es incorporar en su mirada la visión actualizada del evangelio de Jesús que, bien comprendido, puede ser un ayuda incomparable para pensar el nuevo humanismo. Los jóvenes de hoy, pueden encontrar luces en el testimonio de Jesús y sus seguidores que fueron libres, sencillos y con la mente muy abierta para abrirse a los paganos (gentiles).

La figura de Jesús, su actitud ante los pobres, los marginados, los pecadores es de una muy profunda humanidad. En Caná, un moralista estrecho hubiese cambiado el vino en agua para que en la celebración de matrimonio los comensales no siguiesen bebiendo tanto. Jesús, por el contrario, cambió el agua en vino de buena calidad para que la fiesta humana continuara. En la parábola del buen samaritano nos invitó a acercarnos al herido, a levantar al caído sin sentimientos de superioridad, a hacernos prójimo del marginado. Él nos pidió que fuésemos perfectos como el Padre, pero eso significaba que fuésemos misericordiosos como Dios y nos perfeccionistas. Él no nos llenó de reglas ni de mandamientos. Al final de su vida nos dio un solo mandamiento: amar como Él amó, es decir hasta dar la vida por los otros. Su mandamiento no fue no pecar sino amar, generar fraternidad, preocuparse de los otros y ser humildes servidores de los demás. La raíz de su actuar fue una tierna relación con Dios su Padre. Esa relación no fue de temor o de estrecho moralismo y quiso

comunicársela a los suyos. La coherencia total de su vida es conmovedora. Él les dio a sus discípulos una razón para vivir. Ellos, que eran débiles, fueron capaces de dar su vida por transmitirnos lo que habían visto y oído. Hoy nosotros tenemos fe porque creemos el testimonio que esos hombres nos dieron y que firmaron con su sangre.

Muchos se han alejado de Jesús por el pobre testimonio que, como Iglesia, le hemos transmitido. A menudo el cristianismo se convirtió en una doctrina, más que en una experiencia de profunda humanidad y amor. Sin embargo, nuestro mismo error histórico pueden encendernos las luces para corregirlo y volver con fidelidad al mensaje original que es salvador. El racionalismo se alejó de la Iglesia porque ella parecía hablar sólo del más allá, huyendo del mundo, cuando la misión de la Iglesia era precisamente contribuir a transformar este mundo. La Iglesia de Jesús, en su historia, ha tenido momentos de mucha tensión provocados por herejías internas y por persecuciones exteriores. El Maestro preparó a los suyos advirtiéndoles que sufrirían pero que tendrían el apoyo de su Espíritu para enfrentar esos problemas. Esos momentos de crisis han generado experiencias que enriquecieron la tradición convirtiéndola en un acervo de profunda sabiduría para quien sabe leerla. La Palabra de Dios y esa tradición nos dan luz para iluminar nuestra ruta hoy.

Esa es la formación cristiana que deberíamos dar en nuestras instituciones.